

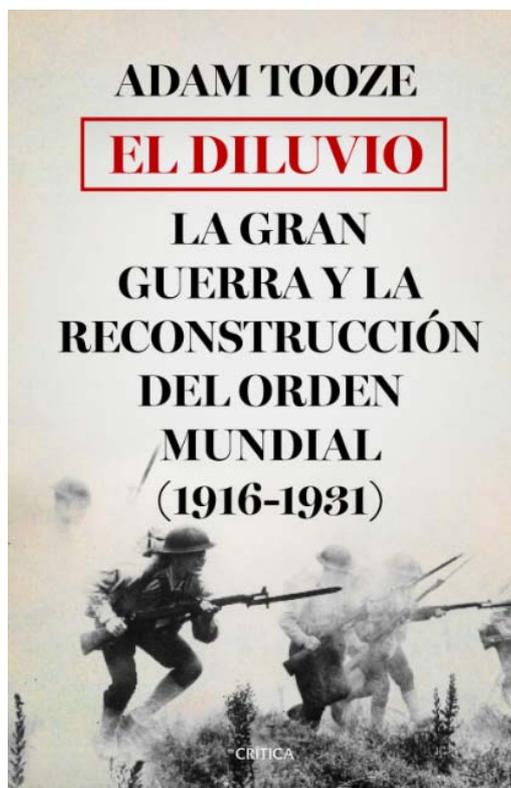
Adam TOOZE: El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931), Critica, Barcelona, 2016, 844 pp., ISBN: 978-8498928747

Miguel Ángel Collado Aguilar
Universidad de Huelva

De guerra, imperios y diplomacia

Las dos guerras mundiales, como es sabido, sirvieron para transformar los modos que los Estados tenían de relacionarse entre sí, establecieron supremacías y conformaron, al fin y al cabo, cómo sería el mundo durante los próximos años. En el primer caso, que es el que nos ocupa, la guerra transformó el panorama mundial de tal forma que la antigua configuración imperial del Viejo Mundo estallaría en mil pedazos para dar a luz a una nueva Europa, muy castigada por los efectos bélicos y en la que aparecerían una serie de Estados-nación que, hasta entonces, habían formado parte de los viejos imperios austrohúngaro, otomano, alemán y ruso. Este último, el imperio zarista, vería su fin de la mano de una revolución que ubicaría en el centro de la política global un nuevo componente, el comunismo. Pero además, las consecuencias del conflicto situaron a Estados Unidos como nuevo mediador en las relaciones interestatales al tiempo que establecían una superestructura de arbitraje, la Sociedad de Naciones, que aspiraba a evitar nuevos episodios bélicos por la vía diplomática. En resumen, lo que se produjo después del Tratado de Versalles fue una reconfiguración del orden mundial que se rompería en los primeros años treinta, a causa de la aparición de toda una generación de gobernantes hostiles con aquel y, sobre todo, de los efectos del *Crack* del 29, rompiendo sus consensos fundacionales.

Esta historia, la de la configuración y ruptura de los equilibrios mundiales entre el final de la I Guerra Mundial y los primeros años de la década de 1930, es la que aborda Adam Tooze en el trabajo que estamos reseñando. Para hacerlo se asienta en un impresionante aparato bibliográfico que, aunque no es desgranado en un apartado propio, puede consultarse en las notas finales del libro de forma que estas no distraen a un posible lector poco aclimatado a la literatura historiográfica. Lo mismo ocurre con las referencias documentales, que se limitan casi en exclusiva a fuentes hemerográficas y siempre aparecen en las últimas páginas, careciendo de un apartado propio en el que aparezcan pormenorizadas. Por tanto, nos encontramos más ante una obra de síntesis que de investigación, de ahí que



la información en la que se fundamenta el texto sea presentada al final y no en los pies de página.

No obstante, más que el aspecto que podríamos llamar técnico, lo que hay que destacar del libro es el tratamiento que Tooze da a un objeto de estudio que, demostrando una erudición fuera de lo común, es presentado en veintiséis capítulos ordenados en cuatro partes en las que se abordan desde el desarrollo final de la guerra hasta el ascenso de Hitler al poder. Todo esto es planteado desde una perspectiva multifocal en la que el historiador británico desarrolla, con mayor o menor profundidad, las historias nacionales de la Europa del conflicto, de Estados Unidos y de los grandes Estados asiáticos: Rusia-URSS, China y Japón. Países que, obviamente, son considerados como partes del relato de formación, desarrollo y colapso del orden mundial, que es central en el discurso. No en vano, son las relaciones internacionales el aspecto más y quizá mejor descrito por el autor que, por ese motivo, da especial protagonismo a los congresos y conferencias internacionales del periodo. Sin embargo, esto no supone dejar de lado el ascenso de los Estados Unidos, que podemos afirmar que fue el país central en aquellas relaciones porque, gracias a los créditos para las reparaciones de guerra, se había convertido en uno de los principales acreedores a nivel mundial.

Otro aspecto que hay que considerar antes de pasar a otros asuntos es que Tooze asume que el lector conoce de antemano lo fundamental del transcurrir de estos años, de tal manera que, por ejemplo, el ascenso de Stalin al poder o el *Crack del 29* ocurren fuera del guión, no así sus consecuencias. Lo que podría complicar su comprensión de fondo por parte de neófitos, aunque es de agradecer por un público profesional —o no— que busque en *El diluvio* una herramienta para ampliar conocimientos y explorar nuevas explicaciones acerca de cómo fue la primera posguerra mundial. Con lo que, en base a lo que llevamos dicho, pensamos que se puede afirmar que este trabajo es el de un historiador maduro que conoce muy bien su objeto de estudio. Por eso, aunque su lectura sea dura y se presente atestada de diplomacia y alta política, resulta fundamental en tanto en cuanto ofrece una nueva visión del mundo de entreguerras que no deja en el aire más que lo que el lector desconozca de antemano.

Hecho este comentario *a vista de pájaro* sobre los planos técnico y del relato que se desarrolla en *El diluvio*, cabe que ahora nos detengamos en algunos de los temas que se abordan en un libro que empieza con David Lloyd George dirigiéndose a una multitud de sindicalistas en Glasgow. Había acudido allí para tratar de captar reclutas con el fin de mantener el esfuerzo bélico, afirmando que la I Guerra Mundial era un terremoto que estaba haciendo tambalearse «dos mismísimos pilares de la vida europea».¹ Y no se equivocaba: desde entonces ni Europa ni el globo volverían a ser los mismos. Desde entonces, los créditos de Wall Street y los pagos para las reparaciones marcarían la vida de un mundo que estaría definido por los aspectos que se desarrollarán en los próximos párrafos.

En primer lugar, hay que hablar del proyecto político que marcaría el desarrollo subsiguiente de las cosas, y decir también que el presidente Wilson, asumiendo el papel que le habían otorgado los acontecimientos y el hecho de que ya en 1916 los Estados Unidos eran la primera economía mundial, trató de poner en marcha un reordenamiento del mundo que Tooze analiza pormenorizadamente en la segunda parte de su trabajo. Este proyec-

¹ Adam TOOZE (Trads. Juan RABASEDA y Teófilo DE LOZOYA), *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, p. 29.

to otorgaba a la Sociedad de Naciones, el ente de arbitraje supranacional que ya hemos nombrado, un papel central en el tablero que debería salir de una “paz sin vencedores ni vencidos” o, dicho de otro modo, de una paz democrática en la que los posibles conflictos internacionales se resolverían por la vía diplomática y no por las armas. Aun así, según el autor, los Estados Unidos no estaban preparados para asumir el papel que les había otorgado la Historia y, a la hora de la verdad, el Congreso se opuso al tratado de paz y a la entrada del país en la Sociedad de Naciones. Todo ello supuso de facto un golpe letal a un wilsonianismo, que es definido como una mezcla de idealismo internacionalista y nacionalismo norteamericano.

La otra amenaza a la concepción wilsoniana de cómo tendría que ser el mundo de la posguerra eran los bolcheviques, que tras haber alcanzado el poder en Rusia aspiraban a expandir su revolución por todo el globo, algo que alentaron activamente aun considerando que cada país tendría que seguir su propia senda hacia el socialismo. Esta concepción, unida a la crisis de la posguerra y las circunstancias propias de cada país, sería la que habría promovido la oleada de huelgas y levantamientos que jalonarían la historia europea del primer trienio posterior a la victoria leninista, siendo Alemania e Italia buenos ejemplos de ello. Las derrotas de los revolucionarios en sus países, la guerra civil en la Rusia soviética y la desastrosa situación económica harían que Moscú y la Internacional comunista variaran su estrategia, que en adelante posaría por la implantación de partidos nacionales dependientes y al servicio de la URSS que no volverían a desequilibrar el orden mundial en el periodo estudiado por este trabajo.

Las relaciones entre los países que se habían enfrentado durante la I Guerra Mundial son otro de los aspectos fundamentales que vemos desarrollados en *El diluvio*. De hecho, Tooze dedica seis de los veintiséis capítulos a analizar las reuniones internacionales que se dieron durante la época, en el resto del texto la diplomacia también será fundamental aunque compartirá espacio con algunos temas propios de los Estados historiados, como los rearmes o las resistencias internas al nuevo modelo de organización mundial, todo ello en paralelo a los temas que se están desarrollando.

En el mismo sentido, es de destacar el análisis de las exigencias de Francia a Alemania en concepto de compensaciones de guerra, porque ahí es donde el autor sitúa las tensiones fundamentales que afectaron al asentamiento del nuevo orden en Europa. No en vano, las negociaciones respecto a este tema son seguidas muy de cerca por un Adam Tooze que, fuera de las concepciones clásicas, sitúa en el Tratado naval de Washington de 1922 y no en Versalles el inicio evidente del dominio global estadounidense que, sin embargo, llevaba dándose desde 1916.

En estrecha relación con la diplomacia mundial, el autor dedica un buen número de páginas al análisis económico. Entre otras cosas observa muy de cerca las políticas monetarias con las que los países que protagonizan su trabajo trataron de neutralizar los vaivenes del mercado y buscar posiciones favorables en el reordenamiento mundial que se estaba produciendo. Además, su conocimiento de las finanzas internacionales hace de las explicaciones económicas un aspecto muy a tener en cuenta en *El diluvio*, al tiempo que los cuadros y gráficos en los que las apoya hacen de esta una obra fundamental a la hora de entender la complejidad de la época.

Con todo esto, Adam Tooze construye un relato en el que defiende que la guerra supuso para los grandes Estados, tanto europeos como asiáticos, una tensión a la hora de tratar de ubicarse en el orden naciente y, al mismo tiempo, habérselas con la modernidad que se abría paso. Algo que harían desde la peculiaridad propia de cada país. Una lectura muy distinta a otras más monolíticas que ven en esta etapa una vuelta atrás en la que el liberalismo democrático fue desechado a favor de las dictaduras autocráticas, pero también a otras que ven en el periodo de entreguerras un paréntesis entre las supremacías mundiales del imperio británico y los Estados Unidos. De hecho, estos últimos serán, en calidad de acreedores del resto de potencias, quienes ostenten de facto la hegemonía mundial, aunque su política exterior, sobre todo respecto a Europa, todavía sea secundaria.

Según el autor, de alguna forma lo hemos avanzado, el nuevo orden mundial estará asentado a finales de la década de 1920. Pero la aparición de Hitler en Alemania, la puesta en marcha de los planes quinquenales en la URSS y la entrada en escena del ímpetu imperialista de Mussolini, todo ello en el marco de la crisis económica, darán al traste con los consensos alcanzados después de Versalles. Así, la nueva situación irá evolucionando hacia una nueva guerra que supondrá también un nuevo reordenamiento mundial. Aun así, y siempre siguiendo a Tooze, lo que definió la época fue un continuo intento de asegurar la paz en el que la permanente búsqueda de consensos internacionales era la respuesta más adecuada para hacer frente al desigual desarrollo de los pueblos. Lejos de lo que pueda parecer, estos «eran los cálculos de un nuevo tipo de liberalismo, una *Realpolitik* de progreso».²

² *Ibidem*, p. 687.